

Quién es el maldito ahora

Juan Manuel de Prada retrata en 'Raros como yo' a una ilustre selección de escritores marginados y marginales

BRUNO PARDO PORTO

Ahora que el malditismo es un negocio y la transgresión se aplaude y se jalea y hasta se subvenciona (el canallita de salón, prácticamente un funcionario más), tal vez tenga sentido preguntarse quién es el maldito ahora, si es que tal ser existe todavía y no forma parte ya de la mitología que arde en las hogueras que encendemos en invierno: qué frío es el tedio. En el prólogo de 'Raros como yo' (Espasa), Juan Manuel de Prada aventura que hoy el maldito no es aquel que invoca a los demonios, sino el que reza a los santos, aquel que prefiere la tradición a la libertad y la templanza al griterío: esto es, no un heterodoxo sino un ortodoxo de lo suyo, de unos valores otro tiempo, no caducos pero sí olvidados. Un Quijote, en suma. Aunque quizá a los malditos, como a los clásicos, solo se los pueda reconocer en la muerte. En la distancia del tiempo.



Raros como yo
Juan Manuel de Prada
Espasa, 2023
272 páginas
20,90 euros
★★★★★

NO ES CASUALIDAD QUE EN ESTA GALERÍA de personajes marginales y marginados haya varios entierros, pues en el adiós también se define un legado. Si a Galdós lo fue a despedir el pueblo de Madrid, a las exequias de Silverio Lanza «sólo acudieron los gatos famélicos, para tumbarse al sol del cementerio, que es el sol de los hombres puros, porque es el que menos calienta». A Concha Alós, nos cuenta De Prada, apenas la lloraron un puñado de amigos frente al mar, en Montjuich. A esos desconocidos los rescata él, que los perfila con sus ideas y excentricidades. A Silverio Lanza y León Bloy con sus argumentos contra la democracia; a Gonzalo Seijas dedicando libros ajenos para llenarse los bolsillos; y a Iván de Nogales, que llegó a alcalde de Ciudad Rodrigo en 1917, tiñéndose la melena de verde para escandalizar a sus paisanos, después de haber multado por «resistencia a la autoridad» a una mujer a la que intentó seducir sin fortuna. También hay existencias trágicas, como la de Alejandro Sawa, de quien Manuel Machado dijo que había nacido para el placer, pero fue derecho al dolor, «como las polillas van derechas a la luz que las abrasa».

DE PRADA BUSCA LA LUZ ENTRE LAS GRIETAS de esas biografías rotas, y celebra las que se han entregado a la luz, y por ello han sufrido escarnio. Destaca a Leonardo Castellani, el hombre al que más páginas dedica en este volumen. «Si hoy no soy un escritor sistémico, ni un católico chirle al uso, se lo debo a este gran maldito que con todos se peleó, salvo con Dios», confiesa. Pero es en su descripción de Santiago Alba Rico, uno de los pocos vivos de 'Raros como yo', cuando comprime el malditismo en una frase, concretando, así, este empeño ético y estético: «Un auténtico maldito nunca debe cejar en su vocación de marginalidad; tampoco desmayar en su irritación contra los suyos». ■



J. M. de Prada



Ilustración de Jackie Morris para 'Los hechizos perdidos', Robert Macfarlane

PEQUEÑOS SALMOS FRENTE A LA MELANCOLÍA

En 'Los hechizos perdidos', de Robert Macfarlane, vuelve el optimismo de estar en el mundo. La majestad de las cosas

Los hechizos perdidos
Robert Macfarlane



Ilustraciones:
Jackie Morris
Nórdica,
2023
240 páginas
22,50 euros
★★★★★

DIEGO DONCEL

Decía San Francisco de Asís que hemos sido llamados para curar las heridas, para unir lo que se ha roto y para llevar a casa a los que no encuentran su camino. Parece que estas palabras hubieran sido escritas como baluarte frente a la melancolía moderna, frente a su trágica cosmovisión, e hicieran de la poesía una forma sanar, de unir, de alejarnos de tantos mundos sin sentido, de tantos lugares de nadie en los que el hombre ha sido destinado a ser solo una insignificante silueta. En 'Los hechizos perdidos' vuelve el optimismo de estar en el mundo, vuelve el canto y el vuelo de los pájaros, el rumor de los robles, la iluminación del tronco de los abedules en el bosque nevado, las margaritas como perlas o astros. En todas estas naturalezas vivas hay un mensaje: ver la majestad de las cosas, de los seres más simples para que sigan anunciando el cotidiano secreto de su hermosura y de nuestra fragilidad.

Robert Macfarlane ha escrito un libro, por eso, que busca

las intensidades de la extraordinaria vida común, se ha puesto a contemplar desde la ventana de cada poema las epifanías de las aves más allá de las desposesiones modernas, el camino de huellas que va dejando una liebre para que no nos sintamos abandonados en los fríos y en las pérdidas de nuestro tiempo. Como la lechuza aspira a que cada poema escuche el susurro de los seres de allá abajo, de los seres que sienten temor en medio de la noche. Y como las ramas de las hayas aspira a que cada palabra sea una

inocente mirada de un niño, pero que expresan esa rara solemnidad, ese misterio que tiene lo vivo, esa maravilla que posee la realidad. Hay aquí, por eso, una medicina para nuestra mirada perdida, una moral para la inmoralidad de nuestra época, una celebración para combatir todas nuestras soledades con la compañía de esos seres que siguen queriendo formar parte de nuestro ser.

Belleza intensa

En estos hechizos tenemos la oportunidad de volver a esa belleza intensa que nos han usurpado las elegías de nuestro tiempo, y parecen decirnos que mientras vuela un pájaro o lo oigamos cantar en una rama, mientras corra la savia por el tronco de los árboles el fin de mundo todavía queda lejos. La edición del libro quiere ser tan bella como su contenido, de ahí todas esas ilustraciones en las que vemos los ojos de un zorro o una mariposa nocturna atravesando la esfera de la luna. Sin embargo, los poemas quedan demasiado perdidos, demasiado deslavazados y dispersos, hasta el punto de que en su lectura la propia música de cada texto se rompe. El encanto sigue ahí, no obstante, porque habla de eso que nos hace creer que aún podemos esperar, podemos confiar, que acercarse a la naturaleza es acercarse a nosotros mismos. Es el encanto de decir que no estamos solos, que debemos buscar la salida en la contemplación. ■

LA EDICIÓN DEL LIBRO QUIERE SER TAN BELLA COMO SU CONTENIDO, DE AHÍ TODAS ESAS ILUSTRACIONES

música en medio de todas esas tormentas que se desatan en nuestras biografías, un mar de hojas que se agita en el oleaje de nuestro corazón.

Macfarlane se sirve de las palabras más sencillas para conjurar el misterio, no levanta la voz para no perturbar el sonido de la realidad. Quiere que cada poema tenga la dimensión de un susurro, de un secreto dicho en voz baja, en la intimidad de una conversación. Poemas que son pequeños cantos, pequeños salmos dichos al oído, a veces de una dimensión tan aparentemente naif que parecen escritos por un niño, por la